

A young child in a blue jacket and red hat is seen from behind, pushing a stroller. The stroller is filled with luggage, including a large black bag and a colorful floral-patterned bag. The child is standing in a crowded public space, likely a transit area, with many other people and luggage visible in the background.

CRISIS MIGRATORIA

VENEZOLANA

UNA CRISIS DE PROTECCIÓN
TESTIMONIOS DE NIÑAS, NIÑOS,
ADOLESCENTES Y JOVENES REFUGIADOS
Y MIGRANTES VENEZOLANOS



PLAN
INTERNATIONAL

CONTENIDO

Resumen.....	2
Huir: un acto de supervivencia.....	4
Caminar una ruta peligrosa.....	5
Atravesar la “trocha” el limbo de la frontera.....	7
Niños no-acompañados una realidad invisible.....	8
Separación familiar una tendencia abrumadora.....	11
Peligros asociados al género y la edad.....	12
Desconocimiento de derechos y servicios.....	15
Un largo recorrido.....	16

Debido a la actual crisis socio-económica, política y de derechos humanos en Venezuela, cerca de 4.5 millones de personas han salido de su país; convirtiéndose en la segunda peor crisis migratoria del mundo, después de Siria. Se estima que más del 20% de los refugiados y migrantes son niños y adolescentes. Cerca del 57% de los venezolanos en el exterior se encuentran en Ecuador, Colombia y Perú, según Naciones Unidas.

En 2018, Plan Internacional decidió implementar una estrategia regional en Colombia, Ecuador y Perú para mejorar las condiciones de vida de los refugiados y migrantes venezolanos, durante sus etapas de tránsito y asentamiento.

Durante los meses de junio y julio de 2019, el equipo de la oficina regional visitó más de siete ciudades entre Colombia, Ecuador y Perú para escuchar los testimonios de los refugiados y migrantes, así como para analizar sus necesidades en materia de mecanismos de protección, prevención de la violencia y salud sexual y reproductiva.

El presente documento refleja algunas de las situaciones de riesgo y violencia a las que millones de venezolanos se enfrentan cada día, desde los testimonios y experiencias de 17 refugiados y migrantes.

Nota: los nombres marcados con (*) fueron cambiados por razones de seguridad y/o a solicitud de los entrevistados.

Octubre de 2019

RESUMEN

A Romaly (10) le entusiasma su nuevo colegio en Chile, mientras que a Ricardo (30) lo motiva reencontrarse con su hija. Helena* (16) recorre los países esperando conseguir remesas para cumplir los deseos de su madre de abrir su propio restaurante, entre tanto Ema* (20) trabaja para retomar sus estudios. Pese a sus diferencias, todos tienen un mismo sueño: volver a la vida que una vez tuvieron en Venezuela.

Entre junio y julio de 2018, el equipo de la Respuesta Regional a la Crisis Migratoria Venezolana recorrió siete ciudades entre Ecuador, Colombia y Perú; para escuchar las percepciones de los refugiados y migrantes, así como analizar sus necesidades en materia de protección y prevención de riesgos. El documento *Una Crisis De Protección: testimonios de niñas, niños, adolescentes y jóvenes refugiados y migrantes venezolanos*, **recupera los resultados arrojados durante las visitas de campo a través de las historias de 17 venezolanos** cuyas edades varían entre los 10 y 54 años.

Venezuela, el que fue en su momento el país de mayor acogida de víctimas del crimen y conflicto, encabeza hoy los índices de violencia en América Latina. Tan sólo en 2018, se registraron más de 23.000 muertes violentas. Carlos* (18), quien solía manifestarse en contra del gobierno, decidió escapar de su país tras ser amenazado: “Me lo dijeron en la cara. Me amenazaron de muerte.” Por su lado Vanessa*, una adolescente de 16 años, que recorre sola Colombia, lamenta nostálgica: **“Venezuela ya no es lo mismo. Sin razón y aunque seas menor de edad, te llevan y te golpean...”**

Cerca de **4.5 millones de personas han salido del país**, convirtiéndose en el segundo mayor flujo migratorio del mundo, después de Siria. Desesperados por asentarse para poder enviar remesas a sus familias, los refugiados y migrantes enfrentan toda clase de riesgos. Su odisea comienza desde el intento por cruzar la frontera entre Colombia y Venezuela a través de senderos irregulares, mejor conocidos como *trochas*; donde la presencia de grupos armados acentúa su vulnerabilidad y exposición al peligro. Ema* (20) recuerda los rumores de su ciudad natal: “antes de salir, me decían ‘mira, intenta no plancharte el pelo, no arreglarte las cejas, ni irte arreglada porque hay tipos armados que pueden enamorarse de ti y te toca hacer lo que ellos dicen...’”.

A los grupos armados, se suma la delincuencia común y la violencia por parte de las autoridades en el extranjero. Daniel* (17) fue víctima de un ataque de xenofobia en Ecuador: “Pensábamos pasar la noche en una plaza cuando la gente empezó a gritar “fuera venezolanos, no los queremos aquí... **Comenzaron a atacarnos con un palo y decimos que nos fuéramos de su país.** Salimos corriendo por miedo a que nos llevara a la patrulla y nos mataran”.

“La gente no entiende que uno no hace esto por vago. Sino debido a la situación que estamos viviendo en nuestro país. Porque realmente necesitamos la ayuda.”, destaca Luciana*, quien salió de Venezuela hace un mes. A su voz se suma la de Ricardo, un padre de familia que ha caminado más de 18 días buscando estabilidad económica para su hija Ana Sofía, quien dejó en Venezuela. “Mientras caminaba pensaba en mi hija, porque me daba fuerzas. A veces quería rendirme, pero me acordaba de ella y seguía adelante”, menciona Ricardo.

Como Ana Sofía, **más de 850.000 niños y niñas venezolanos han sido separados de sus padres.** A este fenómeno se suma el de los niños no-acompañados, cuya situación de vulnerabilidad es crítica. Mathías (25) planeaba viajar directamente a Chile, pero desvió su ruta para escoltar a más de 10 adolescentes que recorrían los países solos, esperando encontrarse con sus familias. “Yo nunca había dormido en la calle y sentí mucho miedo la primera vez. Pensé en esos chicos que

están solos, en la gente mala que puede hacerles daño y sentí que debía hacer algo por ellos”, explica.

La situación de las niñas y mujeres venezolanas es particularmente preocupante. **La violencia sexual y la violencia basada en género se han convertido en mecanismos sistemáticos de opresión e intimidación tanto en Venezuela como en el extranjero.** Helena*, una adolescente de 16 años, no-acompañada, recuerda con miedo cuando viajó en un camión con una señora y su bebé: “Nunca hablamos con el conductor. Cuando llegamos, la señora intentó bajarse con su hijo, pero el señor cogió su mano y le dijo que debía pagar. Que no podía irse si no tenía sexo con él.” En el caso de Luciana*, el acoso se ha convertido en una situación recurrente. “Cuando les dices que no, te tratan como un perro. Incluso, a algunas chicas les han escupido en su cara, como si tuviésemos la obligación de tener sexo con ellos sólo por ser migrantes”, critica.

La falta de información y el desconocimiento de los derechos potencializa la vulnerabilidad de los refugiados y migrantes. **“La verdad es no sabíamos qué hacer en caso de ser abusadas. No sabíamos ni siquiera cómo orientarnos, ni cómo evitar un embarazo no deseado”**, declara Paola*. Por su lado, Gabriela* aboga por la necesidad de trabajar con las instituciones de los países de acogida: “Las organizaciones de ayuda nos dicen que sí podemos trabajar, pero que la gente no está bien informada y cree que nuestros documentos no son suficientes. Por eso nos toca llevar siempre una copia de la ley, para demostrar nuestro derecho a trabajar.”

En 2018, Plan Internacional decidió implementar una estrategia regional, en Colombia, Ecuador y Perú para mejorar las condiciones de vida de los refugiados y migrantes venezolanos, durante sus etapas de tránsito y asentamiento. **Más de 180.000 individuos y 50.000 familias han recibido apoyo a través de los países; sin embargo, nuevas acciones seguirán siendo emprendidas a fin de permitirles reconstruir sus vidas en un ambiente sostenible y libre de violencia.**

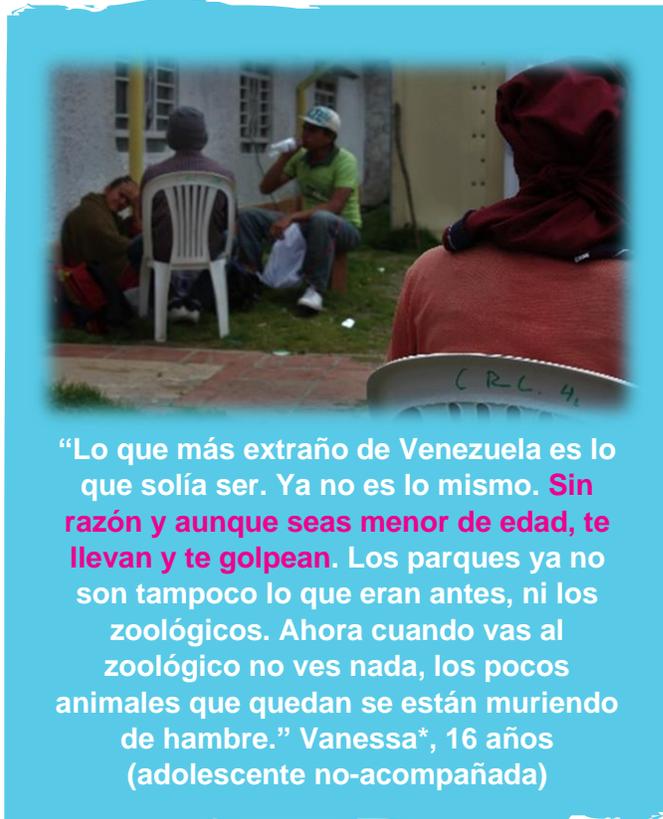
NOTA: los nombres marcados con (*) fueron cambiados por razones de seguridad y/o a solicitud de los entrevistados.

HUIR: UN ACTO DE SUPERVIVENCIA

Testimonios: Carlos* y Gabriela*

Carlos^{*1} tenía 16 años cuando decidió convertirse en “guarimbero”, el nombre que reciben quienes protestan contra el Gobierno de Venezuela. Pese a los riesgos, sentía que su rol estaba en las calles, buscando insistentemente un cambio. Durante meses escuchó sobre las amenazas y detenciones extrajudiciales por parte de las autoridades. Incluso había sido testigo de cómo casas fueron marcadas en rojo o con amenazas, sin tener certeza de quién las había pintado. Jamás imaginó que dichos tormentos lo alcanzarían.

“Me lo dijeron en la cara. Me amenazaron de muerte, de manera personal”, cuenta Carlos. No pasaron más de dos días cuando decidió dejar su país junto a sus padres, mayores de cincuenta años; “me sentí muy triste porque abandoné el país donde crecí”.



“Lo que más extraño de Venezuela es lo que solía ser. Ya no es lo mismo. **Sin razón y aunque seas menor de edad, te llevan y te golpean.** Los parques ya no son tampoco lo que eran antes, ni los zoológicos. Ahora cuando vas al zoológico no ves nada, los pocos animales que quedan se están muriendo de hambre.” Vanessa*, 16 años (adolescente no-acompañada)

Venezuela, el que fue en su momento el país de mayor acogida de víctimas del crimen y conflicto, encabeza hoy los mayores índices de violencia en América Latina. Tan sólo en 2018, se registraron más de 23.000 muertes violentas en el país, aunque se estima que dichas cifras fueron potencialmente superiores. El Observatorio Venezolano de Violencia, encargado de analizar las cifras, destaca que en ese año más de 7.500 personas murieron en manos de fuerzas policiales, siendo las principales víctimas hombres adultos jóvenes. **En el caso de las niñas, niños y adolescentes, se reportaron 287 homicidios por parte de las autoridades, 158 más que en 2017².**

Manuel^{*3}, de 25 años, y su esposa **Gabriela**^{*4}, de 24 años, se vieron amenazados y obligados a dejar su país. Gabriela sostiene en sus brazos a

1 Los nombres marcados con (*) fueron cambiados por razones de seguridad y/o a solicitud de los entrevistados.

2 Observatorio Venezolano de Violencia <https://observatoriodeviolencia.org.ve/ovv-lacso-informe-anual-de-violencia-2018/>

3 Los nombres marcados con (*) fueron cambiados por razones de seguridad y/o a solicitud de los entrevistados.

4 Los nombres marcados con (*) fueron cambiados por razones de seguridad y/o a solicitud de los entrevistados.

Nicolás⁵ su bebé de once meses. Pese a la difícil situación del país, soñaba con criar a su hijo en Venezuela. Sin embargo, sus sueños se desvanecieron en pocas horas, cuando Manuel llegó a la casa alterado. “Me dijo: ‘amor, tenemos que salir del país o no sé qué nos va a pasar.’ Yo no lo podía creer, le pedí explicaciones y me respondió ‘**no hay otra opción**’”.

Gabriela y Manuel lograron empacar tres maletas, las cuales tenían los pocos alimentos que sobraban en su casa, la ropa de su bebé y un par de prendas que les servirían en el camino. Salieron en la noche, sigilosos, con miedo a ser identificados. Agobiados por la incertidumbre, la falta de dinero y la tristeza de salir sin despedirse, emprendieron su travesía caminando. En menos de 24 horas, pasaron de sentirse tranquilos a buscar un lugar seguro para su hijo.

Debido al impacto de la crisis en niños, niñas y adolescentes, Plan Internacional ha decidido emprender acciones directas en Venezuela, a través de socios locales, para mejorar la protección a la niñez en emergencias, educación en emergencias y agua, saneamiento e higiene.

CAMINAR UNA RUTA PELIGROSA

Testimonios: Carlos*, Gabriela*, Janeth, Luis, Wilson

Naciones Unidas estima que alrededor de cinco mil venezolanos abandonan su país diariamente. Conforme la crisis avanza, los medios de transporte son cada vez más limitados. En septiembre de 2018, Human Rights Watch estimaba que cada día más de 200 personas emprendían su trayecto caminando, una cifra que se ha multiplicado considerablemente debido al cierre de las fronteras



“**Soy un niño que escapó de Venezuela porque no me sentía seguro.** Por eso estoy en Ecuador. Vine caminando y vine para cambiar mi vida. Me sentí feliz de conocer un nuevo país, pero, aunque pensé que todos me iban a tratar bien, no ha sido así. Me siento enfermo, me siento solo y **sufro mucho porque no puedo estar con mi familia.** Vine solo y lamentablemente, ya no podré cumplir mi sueño de ser beisbolista. Pero sigo teniendo un sueño: convertirme en abogado y ayudar a la gente. Quiero viajar a Chile y estudiar en la Universidad, para poder trabajar y enviarle dinero a mi mamá. Me siento triste porque no puedo estar cerca de ellos. Desearía tener un poco de paz, para poder cerrar los ojos y mirar atrás. Tan solo para poder sentirme feliz. Es todo lo que deseo.” Mateo*, 17 años no-acompañado, apoyado por el equipo de Plan Internacional en Ecuador.

⁵ Los nombres marcados con (*) fueron cambiados por razones de seguridad y/o a solicitud de los entrevistados.

venezolanas en 2019 y la situación cada vez más precaria del país⁶. Por su lado, la Cruz Roja Colombiana advierte que la población de refugiados y migrantes que emprenden su ruta caminando ha mutado, encontrándose cada vez más casos de mujeres lactantes y gestantes, así como de niñas, niños y adolescentes, quienes representan alrededor del 22% de esta población.

Esperanzados con empezar una nueva vida, los llamados “caminantes” recorren largas distancias, afrontan temperaturas que oscilan entre los 0 y 35°C y cruzan por picos de montañas que superan los 4.000 metros de altura. **Wilson** y **Janeth**, de unos cuarenta años cada uno, descansan frente a uno de los puestos donde se reparten kits de alimentos, patrocinados por Plan Internacional Colombia⁷, en colaboración de con la Cruz Roja. El consorcio de ambas organizaciones ha garantizado el apoyo a cientos de refugiados y migrantes en cinco puntos entre las ciudades de Pamplona y Tunja, a 340 km de distancia una de otra.

Después de cinco días caminando, sienten que sus fuerzas se desvanecen. Su recorrido ha sido particularmente lento y difícil debido a una lesión de Janeth en la rodilla. Sin embargo, confían en que podrán conseguir un aventón que les permita cruzar el páramo de Berlín, cuya altura supera los 4.200 metros. “Dicen que las temperaturas bajan hasta -5° C”, asegura Wilson, mientras señala un mapa con información de la ruta. “Esperamos conseguir quien nos dé un aventón... nos han contado que en el Páramo de Berlín han muerto venezolanos”. El relato de Wilson se asemeja a la experiencia de **Luis**, de 18 años. “Crucé el Páramo de Berlín caminando. Estaba con una señora y su bebé. **La bebé estaba demasiado fría y la madre empezó a llorar. No sabíamos si íbamos a sobrevivir**”, cuenta Luis.

Entre las principales causas de muerte registradas en la zona, se destacan los accidentes viales. **Carlos**, quien escapó de su país tras ser amenazado, recuerda con terror los pasajes estrechos en la carretera. “Viajaba con mis padres y todo el tiempo les gritaba que tuvieran cuidado. Tenía mucho miedo de que un camión nos matara”, comenta Carlos. Su otro temor se materializó y pasaron dos noches sin refugio, ni una gasolinera o peaje para dormir.

“Nos quedamos en la orilla, esperando a que amaneciera. Mi mamá, que sufre de escoliosis, fue la única que pudo descansar. Mi papá y yo nos quedamos haciendo vigilia, pendientes de si nos tocaba correr para esquivar un carro.” Carlos llegó a Tumbes, al norte de Perú, tras una travesía de 37 días. Admite que, de haber estado solo, habría llegado en menos tiempo. No obstante, la salud de sus progenitores, principalmente la de su madre, es delicada.

Mientras que Carlos y su familia tomaron pausas para descansar durante el trayecto; otros refugiados y migrantes, desesperados por trabajar y enviar remesas a sus familias, emprenden travesías poniendo en riesgo sus vidas. **Gabriela** recuerda que, al empezar su ruta por Colombia, con su esposo y su bebé, conocieron un joven de 22 años: “estaba desesperado; quería irse siempre adelante, caminar, caminar mucho. Sin descansar. Le decíamos que esperara, a lo que él respondía “no, es que yo no puedo porque mi



Jóvenes caminantes descansan en Tumbes (norte de Perú), a más de 2.200 km de Cúcuta (frontera colombo-venezolana)

⁶ Human Rights Watch: <https://www.hrw.org/es/news/2018/09/05/los-caminantes-venezolanos>

⁷ “Fundación Plan” en Colombia

familia se está muriendo de hambre allá. Necesito empezar a trabajar. Murió antes de llegar a Bogotá.”

ATRAVESAR LA “TROCHA” EL LIMBO DE LA FRONTERA

Testimonios: Carlos** y Ema*

La odisea de los caminantes se ha convertido en una de las páginas más dramáticas de la crisis migratoria. Entre febrero y junio de 2019, las fronteras entre Colombia y Venezuela permanecieron cerradas debido a la ruptura de relaciones diplomáticas entre ambos países; forzando a miles de personas a cruzar por los más de trescientos senderos irregulares (*trochas*), salvo en casos de extrema vulnerabilidad. Las trochas -descritas por algunos como tierra de nadie, caminos desolados envueltos de árboles frondosos y secos, donde la impunidad reina y el silencio calla- son la pesadilla de cientos de refugiados y migrantes, cuyas vidas dependen de la voluntad de los grupos ilegales armados.

A la crisis económica y socio-política venezolana, se le suma los efectos del conflicto armado colombiano. El panorama de las fronteras se presenta cada vez más oscuro e incierto tanto para poblaciones locales como para refugiados y migrantes. En su informe más reciente, Human Rights Watch advirtió sobre los abusos cometidos por parte de grupos armados ilegales contra la población venezolana en tránsito y los más de 25.000 venezolanos asentados en la zona del Catatumbo (noreste colombiano). Los crímenes más recurrentes son los homicidios y desapariciones forzadas, el abuso sexual y explotación laboral en plantaciones de coca. El informe también denuncia casos de explotación sexual contra niñas y adolescentes⁸.

Los riesgos de cruzar la frontera a través de las trochas suelen ser conocidos en Venezuela. No obstante, la desesperación, el miedo, el hambre y el sueño de empezar una nueva vida motiva a cientos de personas a tomar dichos caminos. Ema^{*9}, de 20 años, asumió el riesgo en abril. Antes de salir, escuchó rumores sobre personas que habían muerto ahogadas al intentar cruzar el río, mientras que otros habían sido víctimas de extorsión y de secuestro. Teniendo presente los relatos, Ema siguió con atención las instrucciones del “trochero”, el guía al que le pagó para cruzar la frontera. “Nos explicaron las reglas: quitarse los zapatos, no llevar gorras, quitarse la camiseta – en el caso de los hombres-, no quedarse mirando un punto fijo, ni mirar a nadie a los ojos”, recuerda. **Viajaba con treinta venezolanos más, tres de los cuales eran niños de menos de seis años y tres mujeres embarazadas.**

En la densidad de la selva, Ema se sentía intimidada por la mirada agresiva de los hombres que vigilaban su grupo desde los árboles. De repente, una voz rompió con el silencio: “Alguno gritó: 'Vengan, miren lo que está pasando'. Todos nos volteamos y fue cuando vimos varios hombres, de

⁸ Human Rights Watch: <https://www.hrw.org/es/news/2018/09/05/los-caminantes-venezolanos>

⁹ Los nombres marcados con (*) fueron cambiados por razones de seguridad y/o a solicitud de los entrevistados.

los que nos habían observado antes. Se acercaron a un muchacho que se había quedado atrás... de repente escuchamos un disparo”, cuenta Ema.

Meses después del suceso, Ema logró encontrar estabilidad en Perú. Actualmente trabaja en un restaurante y sueña con retomar sus estudios para poder ser un día profesional. Por su lado **Carlos**, quien recién llega a Tumbes, espera encontrarse con su hermano Fabián*¹⁰, quien salió solo de Venezuela a sus 17 años. “Él está bien. Afortunadamente no tuvo problemas en el camino y logró conseguir un empleo. Trabaja informal, porque él es menor de edad, pero trabaja”, comenta.

Al igual que Ema, Carlos recuerda su paso por la trocha como uno de los momentos más asustadores de su vida. “Mis papás pasaron legalmente por la frontera, dada la discapacidad de mi mamá en la espalda. Pero yo, por mi condición de amenazado, tuve que pasar irregularmente. Ahí me encontré con un grupo de hombres armados. Me pidieron plata, pero yo no tenía lo que querían. Me amenazaron con reclutarme o con matarme si no pagaba. Yo les decía que me dejaran encontrarme con mi familia, les hablé de mi madre y de mi hermano... y se compadecieron. Al final me dejaron ir, pagándoles lo poco que tenía”, recuerda Carlos.



“No sabría decir si es mejor quedarse en Venezuela, o tener que cruzar por los senderos ilegales... Con la situación que se está viviendo en Venezuela, no sobrevivía. Con un sueldo mínimo no me alcanzaba para estudiar, ni para comer. Aparte ya se estaba yendo mucho la luz. Sin embargo, cruzar por trocha es un momento horrible en que toda tu vida pende de un hilito.” Ema*, 20 años

NIÑOS NO-ACOMPañADOS UNA REALIDAD INVISIBLE

Testimonios: Carlos*, Helena* y Mathías

Fabián, el hermano de **Carlos**, decidió viajar a Perú para poder enviar remesas a su familia. Sus padres, quienes no lo ven desde su salida hace más de tres meses, recuerdan con tristeza su partida. “Fue muy duro para nosotros. Sobre todo, que se fuera solo. Él se fue a trabajar para ayudarnos. Nos dijo que se iba porque estábamos en crisis y debíamos salir adelante... Y sí, nos daba mucho miedo, pero él iba a trabajar y a ayudar. Lo sentíamos bien cuando le hablamos por teléfono y eso nos daba mucha tranquilidad”, cuenta su padre mientras sostiene la mano de su esposa. Su madre,

¹⁰ Los nombres marcados con (*) fueron cambiados por razones de seguridad y/o a solicitud de los entrevistados.

a quien le brillan los ojos al pensar que en pocos días se encontrarán de nuevo, repite “él es un buen hijo. Yo sé que él no se va a meter en problemas”.

Pese a no existir una cifra exacta sobre el número de menores de edad no-acompañados; el fenómeno se reconoce como una **situación crítica en incremento**. Los registros de ACNUR en Ecuador demuestran un incremento sustancial de los casos. En efecto, antes de la emergencia, se tenía un registro anual de 50 a 70 casos de menores de edad no-acompañados; sin embargo, en 2018 y 2019, el número ascendió a 180 y 250 casos, respectivamente¹¹. Por otro lado, Plan Internacional Perú mantiene un registro de 282 casos gestionados entre el primero de febrero y el 14 de agosto de 2019.

Helena^{*12}, de 16 años, llegó sola al Centro Binacional de Atención Fronteriza (CEBAF) en Perú después de tres semanas caminando y pidiendo aventones por Colombia y Ecuador. “Para mí es necesario llegar a Lima, explica. Mi primo ya me consiguió trabajo en una fábrica de pantalones”. Trabajadores de protección de Plan Internacional Perú le brindan acompañamiento socio-emocional y derivan a los servicios de atención a menores. Le informaron que, por su condición de menor de edad, no puede trabajar legalmente y advierten que podría ser víctima de una red de explotación laboral, así como los servicios existentes para denunciar y recibir apoyo. Por primera vez, Helena es consciente de sus derechos como niña, refugiada y migrante. “Decidí venirme porque tengo muchos amigos que, siendo menores de edad, han conseguido trabajo en tiendas de zapatos y cristalería. Mi mamá siempre ha querido tener su propio restaurante y yo voy a ayudarle a cumplir ese sueño”, explica. Al preguntarle sobre las condiciones salariales de sus amigos, Helena admite no saber cuánto reciben ni cómo son los medios de pago. “Antes de salir de Venezuela me dijeron: 'vente a Perú que aquí consigues trabajo fácil', comenta.

Helena recupera sus fuerzas en los espacios de pernocte que ofrece Plan Internacional a los refugiados y migrantes en Tumbes. Por primera vez en días, puede tomar un baño y tener una cena apropiada. Cuenta que, desde que salió de Venezuela, sólo recibió seis comidas completas. “En algunos sitios me daban pan, atún o galletas y con eso seguía... De cierta forma ya estaba acostumbrada, porque a veces no lográbamos tener comida en Venezuela. Muchas veces dejé mi plato en la mesa para que mi hermanita, de cuatro años, pudiera tenerlo”, comenta. Consciente de los riesgos que implica dormir en las calles y carreteras, Helena pasó noches enteras caminando hasta encontrar refugio.



“Me llamo Manuela* y a veces me siento triste porque por mi papá está muerto. Yo abrí la puerta y los tipos malos entraron y lo mataron frente a mí. Pero la vida debe seguir. Fui a Puerto La Cruz, donde mi abuela y luego a Colombia por un año. Después me fui a Ecuador muy triste puesto que me vine caminando y dejé a mi familia sola.” Manuela*, 13 años, apoyada por el equipo de Plan Internacional Ecuador.

¹¹ Información ofrecida por ACNUR a Plan Internacional durante reunión en Julio de 2019.

¹² Los nombres marcados con (*) fueron cambiados por razones de seguridad y/o a solicitud de los entrevistados.

Mathías, de 25 años, reconoce los peligros a los que se exponen los menores de edad no-acompañados. Desde que emprendió su ruta a Santiago de Chile, ha sido testigo de varios sucesos peligrosos. Escuchó historias sobre el cruce de las trochas; evidenció cómo los conductores de buses y camiones consumían drogas y estupefacientes antes de retomar su ruta con pasajeros y fue testigo de cómo los venezolanos eran humillados por los civiles y las autoridades. **“A veces es difícil confiar en la gente y te sientes muy sólo. Incluso la policía nos trataba como perros cuando pedíamos información”**, recuerda.

Al salir de Venezuela, Mathías tenía un único propósito: recorrer más de 7.000 km para llegar a Chile, de donde su madre es originaria, reclamar su nacionalidad y empezar una nueva vida. No obstante, sus prioridades fueron cambiando a medida que se cruzaba con adolescentes no-acompañados. “Yo nunca había dormido en la calle y sentí mucho miedo la primera vez. Pensé en esos chicos que están solos, en la gente mala que puede hacerles daño y sentí que debía hacer algo por ellos”, cuenta Mathías.



“Lo más importante para mí es que ellos estén bien y no les pase nada malo. Por eso intento ayudarlos y alejarlos de cualquier peligro o situación que los aleje del camino del bien”
Mathías, 25 años.

A lo largo del camino, Mathías ha acompañado a más de diez adolescentes. “Me da miedo que no les dejen pasar migración o que les pase algo en el camino... Siempre intento acercarme y hablar con ellos, para que me conozcan y se sientan en confianza. Luego los acompaño hasta el sitio al que tienen que llegar y me aseguro de que estén bien, hasta que se encuentren con su familia. Yo me siento como un hermano”, explica.

Estando en Ecuador, Mathías conoció a **Daniel**^{*13}, un adolescente no-acompañado de 17 años que viajaba a Perú. Llegaron juntos al Centro Binacional de Atención Fronteriza (CEBAF) de Tumbes, al norte de Perú, donde Plan Internacional trabaja activamente en el acompañamiento y protección de niños y adolescentes vulnerables. Allí permanecieron tres días, durante los cuales la organización se encargó de darle acompañamiento a Daniel y facilitar el reencuentro con su hermana mayor. Minutos después del reencuentro, Mathías siguió su camino a Chile. Desde agosto de 2018, Plan Internacional Perú ha facilitado el acompañamiento y reunificación familiar de más de 600 niños y adolescentes en Tumbes.

¹³ Los nombres marcados con (*) fueron cambiados por razones de seguridad y/o a solicitud de los entrevistados.

SEPARACIÓN FAMILIAR UNA TENDENCIA ABRUMADORA

Testimonios: Ricardo y Romaly



“Me gusta mucho la carpa porque me enseñan cosas buenas. Aquí hice muchos amigos nuevos que son muy buenos. En la carpa juego tocando música, haciendo castillos con legos y otras cosas locas. Las maestras me han enseñado muchas cosas bonitas y las voy a extrañar mucho cuando me vaya” Romaly, 10 años (Plan Internacional Perú)

Desde que comenzó la crisis, por lo menos **800.000 niñas, niños y adolescentes venezolanos han sido separados de sus padres**, afirma CECOPAD¹⁴. Una encuesta a más de 12.000 venezolanos en Colombia, realizada entre abril y mayo de 2019, arrojó que cerca de 45% de los refugiados y migrantes que tenían hijos y viajaban solos, los habían dejado en Venezuela¹⁵. La separación de familias puede tener serias repercusiones en la salud mental de las personas, principalmente en los niños y adolescentes, tales como la sensación de “duelo migratorio”.

Romaly, de 10 años, recuerda con tristeza cuando sus padres salieron del país, dejándola unos meses con sus tíos: “cerraba los ojos y me imaginaba con ellos”. Al pensar en las familias que viven el mismo dilema al que se enfrentaron sus progenitores, Romaly menciona “a veces no pueden llevárselos, pero los tendrían que llevar porque hay personas que los pueden tratar mal como las tías, tíos. Los pueden dejar salir o hacerles cosas malas. Si dejan solos a los hijos, ellos se pueden sentir mal... O puede que cuando

los papás regresen ya no los quieran tanto o no los vayan a reconocer”.

Con un nudo en la garganta, Ricardo, de 30 años, recuerda a su bebé Ana Sofía, de 18 meses. Pese a tener un cargo técnico como supervisor en una empresa de encomienda, su salario en Venezuela le alcanzaba solamente para comprar un paquete de pañales. “No me alcanzaba siquiera para conseguirle el pote de leche semanal”, explica.

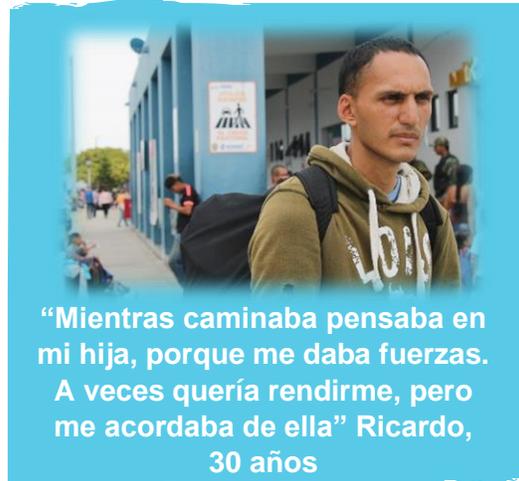
¹⁴ ¹⁴ The Washington Post: https://www.washingtonpost.com/world/the_americas/childhood-disrupted-venezuela-is-in-danger-of-losing-a-generation/2019/05/26/748f0b3c-6136-11e9-bf24-db4b9fb62aa2_story.html?noredirect=on&utm_term=.5876043d5590

¹⁵ Mazuera-Arias, R., Albornoz-Arias, N., Morffe Peraza, M.A., Ramírez-Martínez, C. y Carreño-Paredes, M.T. <https://drive.google.com/file/d/1vZzvQcJyPQr9CFJJpkjltLqOjwAplZtR/view>

Sumido en la tristeza, Ricardo decidió emprender su ruta caminando a fin de conseguir mejores oportunidades para él, su esposa y su hija. “No fue fácil tomar la decisión”, comenta. “Al final dijimos que lo mejor era que yo me estabilizara y pudiera traerlas donde estuviera. Yo no quería que ellas pasaran por esto, iba a ser muy difícil.”

Ricardo ha caminado sin descanso. “La travesía ha sido muy fuerte”, confiesa. “Me fui hace 18 días de Caracas, y desde entonces, vivo en una lucha incesante para buscarle estabilidad a mi familia... Es muy triste, me ha tocado dormir bajo puentes. Nunca pensé que esto fuera a pasar”.

Pese a las dificultades, el recuerdo de su hija y su anhelo por verla antes de que cumpla dos años, mantiene viva su esperanza. Habiendo emprendido su camino solo, el silencio ha sido su mayor compañía. Inmerso en sus pensamientos, Ricardo ha descubierto una fuerza que desconocía y se ha reafirmado como persona. “Soy feliz de ser quién soy, porque he descubierto que soy un hombre honrado, que no se deja tentar por las soluciones fáciles y malsanas. Y, aunque me siento muy mal porque no he podido estar para Ana Sofía, ni he podido brindarle estabilidad económica, sé que soy un buen padre y que nunca dejaré de luchar por su bienestar”, concluye antes de seguir su camino a Lima.



PELIGROS ASOCIADOS AL GÉNERO Y LA EDAD

Testimonios: Helena*, Josué, Luciana* y Paola*

Sentado en una colcha, a 15 metros de la carretera, **Josué** abraza a sus hijos. Llegaron hace cinco días a Rumichaca, la frontera entre Ecuador y Colombia, y esperan pacientes recibir soporte con sus papeles para seguir legalmente hacia el interior de Ecuador. Junto a otras familias venezolanas, han creado un refugio cerca de la frontera. La temperatura oscila entre 6 y 15°C. La esposa de Josué toma una siesta, arropada en las pocas cobijas que llevan. “Tenemos que aprovechar los momentos en que podemos dormir, explica Josué. Porque por las noches ninguno duerme, salvo que estemos en un refugio. Yo intento estar vigilante siempre, no vaya a ser que me distraiga y le pase algo a mis niños.” Desde que emprendieron su ruta, hace unas semanas, la familia de Josué ha sido testigo de la violencia ejercida contra los refugiados y migrantes venezolanos, principalmente las mujeres y niños. “Uno comparte con otros paisanos y escucha toda clase de historias”, cuenta Josué. “Hemos conocido personas que después resultan muertas. También hemos estado con gente a la que le violaron la pareja”.

Siempre pendiente de sus dos hijos, de seis y cuatro años; Josué continúa su relato. “Una vez conversamos con un señor al que le robaron las dos niñas. Conocieron a otras personas en el camino y les pidieron que las cuidaran mientras iban al baño. Cuando volvieron ya no estaban. Preguntaron

y caminaron hasta que las encontraron en otro lugar. Querían llevárselas a Bogotá, no sé bien a qué. **A las niñas y niños los roban mucho para venderlos después. Hay quienes los usan para pedir en las calles y otros que los utilizan para fines sexuales.** Yo por eso siempre estoy pendiente de mis hijos”, concluye.

La violencia hacia las niñas y mujeres venezolanas se hace cada vez más común, conforme avanza la crisis. A la violencia extendida, se suma la falta de capacidad por parte del gobierno para responder a las necesidades de la población femenina¹⁶. Venezuela carece hoy de métodos anticonceptivos, habiendo 100% de escasez en algunas ciudades. En consecuencia, **la tasa de embarazos en adolescentes se ha incrementado en un 65% desde 2015**, mientras que los fallecimientos asociados a la realización de abortos no-seguros, representan hoy 20% de las muertes maternas en el país.



Josué y su familia sentados en su refugio improvisado en Rumichaca, Ecuador

Desesperadas por la situación, alrededor de 1,7 millones de niñas y mujeres han salido del país en busca de una vida digna; incluso conociendo los riesgos a los que podrían verse enfrentadas¹⁷. **Ema**, quien fue testigo de un homicidio, recuerda cada consejo que recibió antes de salir de Venezuela: “Donde yo vivía se escuchaba mucho sobre explotación sexual”, comenta. “Incluso muchas chicas me decían **'intenta no plancharte el pelo, no arreglarte las cejas, ni irte arreglada porque pueden enamorarse de ti y te toca hacer lo que ellos dicen...'**”

La explotación sexual de venezolanas es un fenómeno en crecimiento, pero cuya solución parece inalcanzable. De acuerdo a cifras arrojadas por la sociedad civil, **el número de niñas y mujeres explotadas sexualmente dentro de Venezuela pasó de 200.000 casos en 2016 a cerca de 600.000 en 2018**. Se espera que la cifra se triplique en 2020¹⁸. En el caso de Colombia, entre 2013 y 2018, se registraron 422 casos de tráfico de personas venezolanas, de los cuales más de 200 implicaban la explotación sexual de niñas y mujeres¹⁹; mientras que en Perú se estima que alrededor del 10% de las víctimas de explotación sexual son venezolanas²⁰. Pese a la gravedad de la situación, la comunidad internacional advierte sobre **la falta de mecanismos de denuncia y prevención en la región**, impidiendo tener cifras exactas sobre el panorama al que se exponen las refugiadas y migrantes venezolanas.

Además de las redes de tráfico de personas, las niñas y mujeres venezolanas se ven altamente expuestas a situaciones de sexo de supervivencia. **Helena**, quien viaja sola a pesar de sólo tener 16 años, recuerda nerviosa cuando ha pedido aventones: “Conocí una mujer que viajaba con un bebé. Logramos que un camión nos parara y nos acercara a la ciudad más cercana. Nos dijo que nos fuéramos adelante con él. Durante el camino, hablamos entre nosotras. Nunca hablamos con el conductor. **Cuando llegamos, la señora intentó bajarse con el bebé, pero el conductor cogió su mano y le dijo que debía pagar. Que no podía irse si no tenía sexo con él.** Yo me bajé y salí corriendo. Tenía mucho miedo.”

¹⁶ CEPAZ: <https://avesawordpress.files.wordpress.com/2017/11/mujeres-al-limite.pdf>

¹⁷ Refugees International <https://www.refugeesinternational.org/reports/2019/8/2/searching-for-safety-venezuela-trafficking>

¹⁸ World Crunch: <https://www.worldcrunch.com/world-affairs/another-consequence-of-venezuela-crisis-a-sex-trafficking-boom>

¹⁹ Refugees International: <https://www.refugeesinternational.org/reports/2019/8/2/searching-for-safety-venezuela-trafficking>

²⁰ Reuters International: <https://lta.reuters.com/articulo/peru-trafico-venezuela-idLTAKCN1QV1GV-OUHLT>

Helena ya había sido acosada en el pasado. “Cuando viajaba dentro de Venezuela, me fui en la parte delantera de un camión. Mis amigos (con los que había salido de su ciudad natal) estaban en la parte trasera. El señor se estacionó en un paradero y yo vi que mis compañeros se bajaron, por lo que decidí bajar también. Sin embargo, cuando intenté abrir la puerta, noté que el señor había puesto los seguros. Se acercó e intentó tocarme. Sentí mucho miedo, pero lo empujé y salí por la ventana...”, relata Helena.

Debido a los estereotipos sociales y culturales de la región, las niñas y mujeres venezolanas son altamente estigmatizadas y potencialmente vulnerables a la violencia sexual²¹. **Luciana^{22*}**, de 24 años, ha sido víctima en más de una ocasión de insultos e insinuaciones sexuales en función a su género y nacionalidad. “Me han dicho 'quédate dos días conmigo', pero uno sabe qué quieren, explica. **Cuando les dices que no, te tratan como un perro. Incluso, a algunas chicas les han escupido en su cara, como si tuviésemos la obligación de tener sexo con ellos sólo por ser migrantes**”.

Paola^{23*}, de 18 años, acompaña a Luciana desde hace algunos días. Se conocieron en Guayaquil (Ecuador) y decidieron continuar juntas. Al llegar a la frontera entre Ecuador y Perú, las dos mujeres se cruzaron con una camioneta. “Le dije a Luciana que necesitaba conectarme a wifi, para comunicarme con mi familia. De repente se nos presenta un chico y nos dice que él tiene conexión en su carro, que puede pasarnos ilegalmente a Perú, que no hay problema. Que podemos ir con otras mujeres si queremos. Nosotras le dijimos que no, de manera decente, porque no sabemos cómo pueda responder. **Son riesgos que se nos presentan por ser mujeres. Te aseguro que un hombre jamás estaría en peligro por decir que no a una propuesta de esas**”, cuenta Paola.



²¹ Cepaz: <https://avesawordpress.files.wordpress.com/2017/11/mujeres-al-limite.pdf>

²² Los nombres marcados con (*) fueron cambiados por razones de seguridad y/o a solicitud de los entrevistados.

²³ Los nombres marcados con (*) fueron cambiados por razones de seguridad y/o a solicitud de los entrevistados.

DESCONOCIMIENTO DE DERECHOS Y SERVICIOS

Testimonios: Daniel*, Gabriela*, Helena*, Paola*

Al recordar las experiencias vividas en el camino, **Paola*** añade: “**la verdad es que no sabíamos qué hacer en caso de ser abusadas. No sabíamos ni siquiera cómo orientarnos, ni cómo evitar un embarazo no deseado.**” La condición de refugiada y de migrante potencia la vulnerabilidad de las personas, al desconocer sus derechos dentro de cada país. **Gabriela**, quien huyó con su esposo y bebé; recuerda sollozante su experiencia en Quito. “Fuimos a un instituto a pedir ayuda con nuestro proceso de la visa; estábamos ahí afuera, no teníamos dinero ni donde quedarnos. Un señor que trabajaba ahí se nos acercó y nos dijo que podía ayudarnos y que podríamos quedarnos en su casa. A mí me pareció sospechoso, pero no teníamos otra opción y no sabíamos si él era realmente malo...”, recuerda Gabriela. A los pocos días, el señor empezó a tocarme la mano y a acariciarme el cabello. Yo sólo le rezaba a Dios para que mi esposo encontrara trabajo pronto. A mí me daba miedo porque se acercaba mucho.”

Pese a las advertencias, Manuel no reconoció el riesgo que enfrentaba su cónyuge. “Yo le decía 'Amor. me da miedo que usted se vaya y él se quede solo conmigo, porque es su casa y él puede bloquear la puerta si quiere', relata Gabriela. Una como mujer tiene instintos más allá, pero mi esposo me decía 'ay, es que usted sí inventa' o 'cómo exagera'. Yo le insistía, le decía 'Amor vámonos de aquí, por favor...'" Sin entrar en detalles, Gabriela se limita a decir que un día decidieron salir de la casa.

Gabriela y Manuel no denunciaron, por miedo a las represalias y a ser expulsados del país, al no haber podido regularizar su estatuto migratorio. Tras dicha experiencia, salieron a Perú, donde pudieron legalizar su estatuto como refugiados, debido a la persecución de Manuel en Venezuela. La mayoría de los venezolanos -entrevistados por Plan Internacional o partícipes de sus grupos focales de discusión, organizados entre junio y julio de 2019- admitieron tener **poco o nulo conocimiento sobre cómo prevenir la violencia y denunciar en casos de ser víctimas en otros países.** Entre los principales motivos de dicho desconocimiento, se destacaba la falta de preparación e información previa a salir de Venezuela. “Me confié en los rumores en general y nunca me enfoqué en averiguar. Donde yo vivía no había acceso a la comunicación y yo sólo me enfoqué en trabajar para salir de Venezuela. Estaba desesperada por irme”, explica **Ema**, quien tuvo que cruzar ilegalmente la frontera entre Ecuador y Colombia por no llevar los papeles apropiados.

De la misma forma, se resiente un miedo permanente a cuestionar las reglas y normas de otros lugares. Así fue el caso de Gabriela, quien sufrió de explotación laboral durante más de un mes. “Trabajé en un salón de belleza en Lima, como manicurista. Cuando el señor primero me contrató me dijo que sólo me pagaría el 40% del salario legal, porque para él era un riesgo tener venezolanos.



En Junio de 2019, personal del equipo regional organizó cuatro grupos focales con jóvenes y adolescentes venezolanos en torno a temas de protección y salud sexual y reproductiva en Tumbes (Perú)

Luego hice cuentas y me di cuenta que me pagaba sólo el 25%. Aparte, me obligaba a trabajar en las noches. A las diez cerraba las puertas del local, bajaba las cortinas metálicas y nos ponía a limpiar, organizar y demás. Esas horas no eran pagas, pero la gente al exterior no podía ver que nos tenían ahí encerradas...”.

Gabriela no denunció. “Pensé que así era en Perú, que tenía que trabajar tanto por tan poquito. Aparte, uno sin dinero no puede denunciar... necesitaría tener abogados. En Venezuela lo hubiera denunciado, pero uno afuera no sabe cómo funcionan las cosas”, explica. Al ser refugiados, Gabriela y Manuel tienen el derecho de trabajar legalmente en Perú, sin embargo, conseguir empleo ha sido muy difícil para ellos. **“Las organizaciones de ayuda nos dicen que sí podemos trabajar, pero que la gente no está bien informada y cree que nuestros documentos no son suficientes. Por eso nos toca llevar siempre una copia de la ley, para demostrar nuestro derecho a trabajar”**, comenta.

Al desconocimiento, se suma la falta de confianza en las autoridades nacionales. Por un lado, los persigue el espectro de los abusos cometidos en Venezuela. Por otro lado, los carcome el miedo a ser deportados por tener una situación migratoria irregular. En el caso de **Daniel***, el joven de 17 años, a quien Mathías acompañó hasta Perú, su desconfianza se debe a un episodio violento del que fue víctima en Ecuador. “Llegamos al centro de la capital. Se estaba haciendo tarde y no habíamos encontrado refugio con mis amigos. Pensábamos pasar la noche en la plaza cuando la gente empezó a gritar “fuera venezolanos, no los queremos aquí”. Nos pusimos nerviosos, pensamos que nos iban a linchar. Comenzaron a atacarnos con un palo y decirnos que nos fuéramos de su país. Salimos corriendo por miedo a que nos llevara y nos matara”, narra Daniel.

UN LARGO RECORRIDO

Testimonios: Daniel*, Gabriela*, Helena*

Cuando supo que tendría que dejar su país, **Gabriela*** se sintió nerviosa y confundida. Las amenazas contra ella, su esposo Manuel y su hijo Nicolás, eran serias. Al empacar, Gabriela jamás imaginó cuán difícil sería su recorrido por Colombia, Ecuador y Perú. Estando en Quito, se sintió intimidada por su arrendatario quien en más de una ocasión se acercó inapropiadamente. Pese a su constante preocupación, Manuel jamás dimensionó el peligro que corría Gabriela.

El día que salieron hacia Perú, Gabriela tenía sentimientos encontrados. Primero se sintió aliviada; luego sintió miedo y culpa por hacer que su familia cambiara nuevamente de lugar. El intercambiar su experiencia con el equipo de Plan Internacional en Ecuador, le permitió entender mejor su situación: “Mucha gente me decía que lo que me hizo el señor era acoso, pero yo no lo veía así. Yo pensaba que eran intenciones que él tenía... Ahora sé que lo que hizo estaba mal y que yo tenía el derecho de denunciarlo”, concluye.

Tras su estadía en Perú, Gabriela y Manuel deciden volver a Ecuador, a otra ciudad, para criar a su hijo de once meses. Sus experiencias han fortalecido su unión, mientras que expresar sus pensamientos y emociones les ha permitido empoderarse. “Cuando estás fuera de tu país crees que no tienes derechos; no importa tu condición, si tienes un estatuto irregular o tienes asilo. Piensas que debes obedecer ciegamente, pero te equivocas. Porque sí tienes derechos”, explica Gabriela. Gabriela se siente confiada. Ahora sabe cómo reconocer el riesgo, mientras que Manuel ha aprendido a escuchar y a estar atento a sus advertencias.

El apoyo e información recibido por Plan Internacional, a través de la construcción de confianza, han sido claves para el empoderamiento de los refugiados y migrantes

venezolanas, principalmente las niñas y adolescentes mujeres. Tras haber recorrido sola más de tres países, **Helena***, quién no había compartido su experiencia antes, confiesa: “Muchas organizaciones te dan comida, wifi, o refugio. Pero aquí me siento segura”. **Daniel***, quien está sentado al lado de ella, destaca el apoyo psico-social de Plan Internacional: “Muchas veces te sientes solo, porque tu familia está lejos. Pero aquí los trabajadores son muy atentos y los amigos que hice son como hermanos.”

En 2018, Plan Internacional decidió implementar una estrategia regional, en Colombia, Ecuador y Perú para mejorar las condiciones de vida de los refugiados y migrantes venezolanos, durante sus etapas de tránsito y asentamiento. **Más de 180.000 individuos y 50.000 familias han recibido apoyo a través de los países; sin embargo, nuevas acciones seguirán siendo emprendidas a fin de permitirles reconstruir sus vidas en un ambiente sostenible y libre de violencia.**

Plan International

Regional Office for the
Americas (ROAH)
City of Knowledge, Bld 155
A&B, Panama City, Panama

<https://plan-international.org/es/latin-america>

About Plan International

Plan International strives to advance children's rights and equality for girls all over the world. We recognise the power and potential of every single child. But this is often suppressed by poverty, violence, exclusion and discrimination. And it's girls who are most affected.

As an independent development and humanitarian organisation, we work alongside children, young people, our supporters and partners to tackle the root causes of the challenges facing girls and all vulnerable children.

We support children's rights from birth until they reach adulthood, and enable children to prepare for and respond to crises and adversity. We drive changes in practice and policy at local, national and global levels using our reach, experience and knowledge. For over 75 years we have been building powerful partnerships for children, and we are active in over 70 countries.